

Y dice: ¿mi Josef, ¿podré dejáros?
 ¿Podréis del alma vuestra desasiros?
 ¿Podré sufrir dejar de acompañaros?
 ¿Y vos sin vuestra Esposa podréis irros?
 ¿Podré vivir con gusto sin miraros?
 ¿Y vos sin mí á tenerle persuadiros?
 ¿Podré, Señor, si ya llegué á quereros,
 Dejar un hora de gozar de veros?

¿Sin vos qué gusto habrá que me dé gusto?
 ¿Con vos qué pena habrá que me dé pena?
 ¿Con vos qué pena me dará disgusto?
 ¿Y qué cosa sin vos podrá ser buena?
 Sin vos, dulce Josef, de nada gusto;
 Con vos de gusto tengo el alma llena;
 Sin vos la vida me será enojosa,
 Y la pena con vos dulce y sabrosa.

»Después del hijo que en el vientre encierro,
 Gloria de Dios y su mayor tesoro,
 ¿Quién podrá consolarme en el destierro
 Que amenazado solamente lloro?
 Quién, mi Josef, condenará por yerro,
 Siendo después de Dios el bien que adoro,
 En quien el alma vive y por quien muere,
 Que vaya el cuerpo donde el alma fuere?

»Si sois después de Dios mi mas amado,
 Si sois después de Dios mi mas querido,
 Si sois la vida de la que os la ha dado,
 Y alma de quien la suya os ha ofrecido,
 Si sois quien en mí vive transformado,
 Si sois quien tengo al alma siempre asido,
 Y si después de Dios sois mi bien todo,
 ¿Cómo os podré dejar de ningún modo?

»El casto amor que con su lazo fuerte
 Hizo de dos un alma y una vida,
 Hizo también igual de ambos la suerte
 Hasta que Atropos fiero la divida,
 Y así, Josef amado, en vida y muerte
 A vuestro lado me veréis unida,
 No habiendo cosa alguna que sea parte
 Para que, viva yo, de vos me aparte.

»Antes, virgen Josef, me determino
 Con gusto vuestro y con licencia vuestra
 De báculo servir en el camino
 A vuestra ilustre venturosa diestra;
 Oya, amado Señor, el sí divino
 Que de vuestro amor segura muestra;
 Dadme este gusto, pues me le habeis dado,
 En cuanto vos sabeis que he deseado.

»¿Qué os puedo yo negar, amada mía,
 Josef responde, y mas siendo consuelo
 Vuestra divina y santa compañía,
 Para pedirle por merced al cielo?
 Que del camino lo que mas temía,
 Era ausentarme del dichoso suelo,
 Que huellan vuestras bellas tiernas plantas
 Y hacen cielo las luces sacrosantas.

»Temí la muerte, y era de temella,
 Pues me apartaba de mi amada vida;
 Temí que el alma se volviera á vella,
 Dejándome en mitad de la partida;
 Temí que ciego me perdiera en ella,
 Sin la luz clara donde el sol se anida;
 Temí errar el camino, y ¿quién no errara,
 Ausente de mi norte la luz clara?

»Temí que el parto bienaventurado,
 Ausente vuestro Esposo, no os cogiera;
 Temí dejar de hallarme á vuestro lado,
 Adonde os regalara y os sirviera;
 Temí la pena que os habia causado
 El miedo triste de mi ausencia fiera;
 Temí mi falta, aunque ninguna habria,
 Teniendo á Dios que os hace compañía.

»Y agora temo, soberana Esposa,
 De la preñez no vuestra pesadumbre,
 Que es obra de la mano poderosa
 Del que procede de una y otra lumbre;
 Sé que es vuestra preñez maravillosa
 Fuera de toda natural costumbre,
 Que traer su sangre á nadie le da pena,
 Y dála siempre á la que trae la ajena.

»Mas temo del camino la jornada,
 Que hay casi treinta leguas de aspereza
 De Nazaret á la ciudad amada;
 Donde está de mis padres la nobleza;
 Temo, Virgen hermosa, ver causada
 Vuestra divina sin igual belleza,
 Que es la jornada larga y enojosa,
 Vos Virgen delicada y niña hermosa.

»Temo también el tiempo riguroso
 Del erizado invierno y cierzo frío,
 A cuyo soplo helado y enojoso
 El campo se encanece y euaja el río;
 Temo en ver que no soy tan venturoso
 Que, como os llevo dentro el pecho mío,
 Os pudiera llevar de tal manera,
 Que os viera descansada y os sirviera.

»Temo faltarme el jumentillo rudo
 Para llevar la venturosa carga,
 Pues como á ocioso en casa, darle pudo
 Aquesa mano limosnera y larga;
 Temo hallarme tan pobre y tan desnudo,
 Que á vuestro alivio mi pobreza embarga,
 Pues si he de consentir que vais conmigo,
 A pié habeis de ir cansada y sin abrigo.

»Temo viendo que al parto deseado
 El tiempo sacrosanto ya se llega
 Para que salgá al puerto el que embarcado
 Há casi nueve meses que navega;
 Temo no os coja en un desierto helado
 O entre la chusma de la gente ciega,
 Donde falte el regalo y el decoro
 Debido á la bondad que humilde adoro.

»Temo dejáros, y llevaros temo;
 Dejáros y llevaros me da pena;
 Temo no ver la luz en que me quemó,
 Y temo ver la de su aljófar llena;
 Temo mi daño en uno y otro extremo,
 Y cada extremo á llanto me condena,
 Que en llevar y en dejar á la que adoro
 Mi daño temo y mi tormento lloro.

»Mas ¿qué puedo temer si veo, Señora,
 Que vos gustais de hacerme compañía?
 ¿Qué teme el alma, qué mí miedo llora
 De llevar mi dulcísima Maria?
 Que si el Señor que en vuestro pecho mora
 Quiere ir á honrar la amada patria mia,
 Dios va conmigo y la que á Dios encierra,
 Los mejores del cielo y de la tierra.

»Conmigo van sus ángeles de guarda,
 El cielo va conmigo, pues que llevo
 El sol cubierto con la nube parda
 Del grosero sayal del traje nuevo;
 Vamos, Señora, que ayó soy y guarda
 Del que nos guarda y del que servir debo,
 Y él nos ha de guardar, pues yo le guardo,
 Que de tal guarda dulce fin aguardo.

La Virgen soberana, agradecida
 Al gusto grande que Josef le ha hecho,
 Descubre por su vista esclarecida
 Las riquezas divinas de su pecho;
 Que el Niño eterno, que por darnos vida
 Se reclinó en su casto hermoso lecho,
 Era quien la inspiraba á la jornada,
 Para empezar la suya deseada.

Y así, ya del camino cuidadosa
 La Virgen bella alegre se previene,
 Sacando de la arquilla venturosa
 Los paños pobres que guardados tiene;
 Que sabe la doncella siempre hermosa
 Que apercebirse dellos le conviene
 Para el parto dichoso, que la lleva
 Al sitio ineulto de la agreste cueva.

Tenazas, sierras, cartabón, martillo,
 Cepillo, escoplo, clavos y barrena
 Junta Josef, y llena el esportillo
 Del fiel sustento de la pobre cena;
 Pone de cera el cándido librillo
 Para la que es después de su autor buena;
 Pedernal, eslabón y yesca pone,
 Y á la jornada alegre se dispone.

Abriga á su adorada el noble Esposo
 Contra el fiero rigor del tiempo helado,
 Cubre con el cendal el rostro hermoso
 Que ofende el hielo y á él ha enamorado;
 Comienzan el camino trabajosos
 Dejan de Nazaret el suelo amado;
 Dejan la casa, amigos y parientes
 Por ser á la pragmática obedientes.

Camina pues el noble peregrino
 Con la gracia y bondad mas peregrina
 Que vio jamás el resplandor divino
 Del que por el Zodiaco camina;
 Oféndelos el áspero camino,
 La sombra de la noche ya vecina,
 El austro helado, el aguilon furioso,
 La pobreza y el hielo riguroso.

Abre camino por la blanca nieve
 La escuadra de los bellos cortesanos,
 Admirados de ver cómo se atreve
 A los dos peregrinos soberanos;
 Y consideran cuanto á Josef debe
 El Padre universal de los humanos,
 Cuánto le debe la virginal Madre,
 Pues hace oficio de su esposo y padre.

Lleva la mano la divina Esposa
 Sobre el hombro querido del que ama,
 Descansa el Santo con la carga hermosa,
 Que en casto amor el corazón le inflama;
 Muestra Bóreas la cara temerosa,
 Esparce hielos y crueldad derrama,
 Y ofendidas las luces virginales,
 Le aplacan con sus perlas orientales.

Alligese Josef de que despliega
 Las negras alas la callada noche,
 Porque del verde mar donde navega
 Al horizonte sube el negro coche;
 Alligese de ver de que le niega
 De su azul manto el uno y otro broche,
 Y que de parda escuridad se viste,
 Vistiendo de temor el mundo triste.

No mostró el rostro la menguante luna,
 Porque el sol enojado no la trata,
 Por verla cada mes cuán importuna
 Mendiga el resplandor que la dilata;
 No mostró Dios de fuego la columna,
 Que otro tiempo guió á la gente ingrata,
 No se detuvo el sol, antes va huyendo
 De las tinieblas que le van siguiendo.

Pero columna, sol, luna y estrellas
 Fueran ociosas donde el niño hermoso
 Vieran sus rayos por las lumbres bellas
 Que serenan al tiempo riguroso;
 Halla Josef descanso en solo vellás,
 Su Esposa en que descansa el noble Esposo,
 La cual con dulce agrado soberano
 De jazmines le dió la blanca mano.

Josef con humildad la reverencia,
 Hecho bracerero de la reina hermosa,
 Cuya divina virginal presencia
 Llena de luz la noche tenebrosa;
 No teme ya del Austro la inclemencia,
 No el manto negro de la negra diosa,
 Que va tendiendo por el cielo santo,
 Con tal silencio, que le pone al canto.

CANTO XIII.

Del camino hasta llegar á Bellem.

Trastorna el vernegal el tencro acuario
 Escureciendo con su lluvia el día,
 El crespón Orion soberbio y temerario
 La tierra asombra con su vista fría;
 La cabra de la piel de color vario,
 Que á Júpiter crió y hoy luces cria,
 Mueve las nubes con los cuernos de oro,
 Cubriendo de los cielos el tesoro.

El vaquero Bootes desgrefñado
 El desabrido ceño al mundo muestra,
 Y gruñidor y mal condicionado
 Vientos esparce con la tosa diestra;
 Los peces de oro entre el cristal sagrado
 Dan del gusto que gozan clara muestra,
 Somormujando las azules colas
 De la abundante lluvia entre las olas.

Un arrugado viejo, rostrinerto
 Es del pálido tiempo presidente,
 El cual de escamas blancas trae cubierto
 El mustio rostro y la pequeña frente;
 Vive solo en un páramo desierto,
 Al hielo tiembla y da diente con diente,
 Llenando con sus lágrimas ancianas
 La vieja tierra de nevadas canas.

Huye de ver al sol, y si le mira
 Es raras veces, y esas por no lado;
 Por los hundidos ojos saetas tira
 De helado frío y hielo requemado;
 Por su aliento cruel Bóreas respira;
 Por sus narices sale el Austro helado;
 Helado tiembla, y á su temblor frío
 El campo se demuda y euaja el río.

Son de raíces una y otra pierna,
 Sus secos brazos de arboles desnudos,
 Su cuerpo de una encima casi eterna,
 De proporcion grosera y miembros rudos,
 Su cuerpo seco es húmida caverna,
 Y por ella reguelda cierzos crudos,
 Son sus barbas carámbanos helados,
 Y hielos sus cabellos erizados.

El rostro feo á nuestra Madre asombra,
 Y viendo con la furia que le embiste,
 Quita de sobre sí la verde alfombra,
 Y de la blanca escarcha el suyo viste;
 Hace de blanco velo escudo y sombra,
 Y en sus entrañas temerosa y triste,
 Sus bellas flores y sus dulces frutas
 Guarda metida en las secretas grutas.

Siembra de soliman espesos copos,
 Que hechos racimos llenan de blancura
 Las encinas, los robles y los chopos,
 Así afeitando su corteza dura;
 Temen cobardes los groseros topos,
 Y hacen con miedo habitación segura
 Dentro del fiel sustento de su vida,
 Que les sirve de casa y de comida.

Va el caminante con el fieltro duro
 Contra la furia que del cielo llueve;
 Cércale al rededor de nieve un muro,
 Y queda sepultado entre la nieve;
 Está el camino del ladrón seguro,
 Y no de la crueldad del tiempo aleve,
 Que, como foragido y homicida,
 Sale al camino por robar la vida.

Bala la oveja por el verde pasto
 Para criar el tierno corderillo,
 Pues si la tierra no hace el rico gasto,
 Ni él se podrá criar ni ella sufrillo;
 Sale el pastor con el zamarro basto,
 Atado al cuerpo con el toscó orillo,
 Las manos en el seno trititando,
 Y al son que hacen los dientes regañando.

Los árboles hermosos, mal heridos,
 Enfermos de su gloria se desnudan;
 Dejan desiertos los amados nidos
 Los pájaros llorosos que se mudan;
 Pásmanse los arroyos detenidos;
 Las penas lloran y de miedo sudan;
 Las hieras á sus cuevas se recogen,
 Adonde mansas de temor se encogen.

La pobre dama vive temerosa
 Del yerto frío que la vuelve fea,
 Pues no hay mejilla de jazmin y rosa
 Que de violetas cárdenas no sea;
 Y la cara, que tiene por hermosa,
 Quiere que el frío no la toque ó vea;
 Dentro los guantes trae las manos bellas,
 Que en el invierno no se sirve dellas.

Envuelta en el precioso rebecillo
Viste el turon peludo, felpa y martas,
Trayendo la estufilla como a niño
Entre las joyas de las ricas sartas;
Al hombro cuelga el delicado armiño,
Que de su rostro cubre menguas hartas,
Siempre escondida del contrario fiero
Con mas ropas que trae un pregonero.

Despoja el rico de la piel de nieve
Al blanco armiño, que por no ensucialla
Cazar se deja de la mano alevé
Que de cieno le puso la muralla;
Y al conejo flamenco, blando y leve
Le mueve guerra y vence en la batalla;
La marta cebellina airado embiste,
Sus pieles se desnuda, y él se viste.

Dobla el calzado, y la soberbia ropa
Aumenta su calor con el del vino;
Bulle el capon y la dorada sopa,
El pavo, la perdiz, el palomino;
Corre ligera la embriagada copa
Tras el rastro oloroso del tocino;
Anda la colación y la conserva,
Y la razón señora se hace sierva.

A los corrientes caudalosos ríos
Prende y embarga el atrevido hielo,
Y represando sus soberbios bríos,
Los cose y los enclava con el suelo;
Ellos helados mas que el mármol fríos,
Temer viendo parar su raudal vuelo,
Que no se queje el príncipe absoluto
Del mar, á quien le llevan el tributo.

Arde en la plaza la comun hoguera,
Donde se llega el haragan ocioso,
Y ante la choza poco lisonjera
El saludable enebro y cedro hojoso;
Cada cual huye de la furia fiera
Que escupe el cielo oscuro y temeroso,
Y para estar seguros no hallan dónde,
Porque tras ellos donde van se esconde.

En medio del rigor del tiempo helado,
Cuando el Euro mojado se embravece,
Cuando el rostro de Bóreas regañado
Lanzas de hielo contra el mundo ofrece;
Cuando se hiela el rico mas guardado,
Y mas el pobre su fiscal padece,
Cuando llenan las nubes inhumanas
La vieja tierra de nevadas canas;

En medio, en fin, del riguroso invierno,
Caminan los dichosos peregrinos
En compañía del infante eterno,
Que por los hombres hace estos caminos;
El fiel Josef, enamorado tierno
De los luceros, mas que el sol divinos;
Se entristece de ver lo que padece
La niña hermosa, á quien el alma ofrece.

La cual cubierta de la blanca nieve,
Que la sirve de manto á su pureza,
Granos de aljófar orientales llueve
Sobre las rosas que honran la belleza;
Que el erizado invierno se le atreve,
Mostrando en su hermosura su fiereza;
Para robar de los divinos ojos
Las perlas que á Dios quitan los enojos.

Parece la hermosísima doncella
Entre el hielo y la nieve rigurosa
Como entre nubes matutina estrella
O en medio del invierno fresca rosa;
Hace el cansancio su beldad mas bella,
Y el hielo su hermosura mas hermosa;
Porque el eterno niño y Dios humano
Cria en su alma un celestial verano.

Mira Josef al alma de su vida
Mas que el rojo clavel y tiria grana;
Teme que del cansancio está encendida
Su sin igual belleza soberana;
Imagina cansada á su querida,
Y que con rostro y gracia mas que humana
Disimula la Esposa siempre buena
Su pena solo por no darle pena.

Y dice á la castísima María:
«Vuestro cansancio, Virgen, imagino,
Aunque mostreis bordado de alegría
El semblante del rostro cristalino;
Bien se deja entender, Señora mia,
Que al cabo de tres días de camino
Que haceis pobre y á pié, mia y preñada,
Que aunque disimuleis venis cansada.»

»Y no porque el preñado sacrosanto
Pueda, divina Virgen, daros pena,
Que os hace sombra el sumamente santo,
Que de pena y dolor os enajena;
Que claro está que no ha de caber llanto
En la que está de gloria de Dios llena,
Pues el dolor del parto es el tributo
Que no debe ese vientre ni ese fruto.

»Mas porque sois, Señora, delicada,
Tierna doncella siempre recogida,
A caminos tan largos no enseñada
Ni á la furia del tiempo embravecida;
Porque tras el rigor de la jornada
Venis mal regalada y mal servida,
Pobre, desabrigada, á pié y al hielo,
La tierra helada y enojado el cielo.

»Dame nuevo cuidado ver, Señora,
El disimulo del cansancio grave
Que de arrebóles rojos viste y dora
Aquese cielo del amor suave;
Sé que por no dar pena al que os adora,
Viendo la mucha parte que le cabe
De las que padeceis, sufris contenta
La que disimulada mas se aumenta.

»Lo mas de la jornada se ha ya andado:
Animo, Esposa, que el camino es breve,
Y en vez de lo que en él habeis pasado,
Gozaréis del regalo que se os debe;
Pues si llegar nos deja al pueblo amado
El frio cruel y la confusa nieve,
Allá os regalarán, Virgen hermosa,
Los de nuestra familia venturosa.

»En llegando á la patria que nos ama,
Todo el trabajo del camino cesa,
Porque hallaremos la encendida llama
Contra el hielo erizado y niebla espesa;
Hallaréis el regalo de la cama,
La regalada y abundante mesa,
Las visitas, regalos y presentes
De amigos, conocidos y parientes.

»Y cuando todo falte, creed, Señora,
Que no hará falta para regalaros
El sudor deste rostro que os adora
Y el deseo perpetuo de agradaros;
El gusto que en querer os se mejora,
La voluntad que pudo enamoraros
No podrán hacer falta á lo que debo,
Al bien que adoro y dentro el alma llevo.

»Y vos, Señor, que en la imperial carroza
De la purpura real de oro bordada
Vais peregrino de una en otra choza
A dar el censo no debiendo nada;
Vos, bien eterno, del que el cielo goza,
Gloria del Padre bienaventurada,
Pechero sois y vais hecho pechero,
Siendo de Dios legitimo heredero.

»En medio del rigor del seco frio,
Pequeño infante en el lugar estrecho,
Y breve vuestro eterno poderio,
Vais á pagar el no debido pecho;
¿No basta, Dios, que pagaréis el mio
Cuando roto y rasgado vuestro pecho,
A los hombres librecis del eruel tributo
Que impuso Adán sobre el vedado fruto?

»El Padre os da del mundo la conquista
Dentro del vientre santo que os sustenta,
Pues miro, Niño, que por vos se alista,
Por vos se escribe, se empadrona y cuenta
Para que antes que goce vuestra vista
Vos le tengais sentado á vuestra cuenta,
Porque la habeis de dar al Padre amado
De todo el mundo que os le da contado.

La Virgen soberana le replica:
«Muy bien echo de ver, querido Esposo,
Que mi pena la vuestra multiplica,
Pues della sola os miro cuidadoso;
Y yo padezco la que significa
El color rojo dese rostro hermoso;
La vuestra siento, y sabe el que lo ordena
Que quisiera pasar de ambos la pena.»

»Yo, mi Josef, ¿qué pena llevar puedo
Si voy en vuestra amada compañía?
Antes, querido Esposo, tengo miedo
Del cuidado que os puede dar la mia;
De mi cansancio descansada quedo,
Mi tristeza mudada en alegría,
Solo con ver, Señor, que va conmigo
De Dios el mas amado y mas amigo.

»¿Qué pena llevar puedo, Esposo amado,
En medio del peligro mas estrecho,
Si á mi amado Josef llevo á mi lado
Y á mi amado Jesus dentro en mi pecho?
Si dentro en mis entrañas va guardado
Y vos mi guarda y su custodia hecho,
¿Qué pena ofrecer puede mi memoria
Que no la mire convertida en gloria?

»Y mas, Señor, que siento que me avisa
El Niño tierno que en mi pecho mora,
Que esta noche será de gozo y risa
Para el que ha tantas que encerrado llora;
Que el que las alas de los vientos pisa,
El que los serafines enamora
Quiere, como la luz sale del alba,
Salir, mi integridad dejando salva.

»Que nueve veces treinta ha parecido
El rojo sol en su balcon dorado,
Habiendo de su blanca luz vestido
Del aries de oro al capricornio helado,
Después que de mi vista despedido
Volvió á su patria el mensajero alado,
Y entró en mi pecho el que gozoso mora
En el del Padre Eterno que enamora.

Josef con nuevo gozo y nueva pena
A su querida Esposa alegre anima,
Diciéndola: «Criatura la mas buena
Que el cielo goza y que su autor estima,
Veros, Señora, de cuidados llena
Al alma aflige, al corazón lastima,
Y mas que os coja el parto sacrosanto
En el camino y con trabajo tanto.»

»Ya miro de Betlem las torres bellas,
Capiteles, pirámides, colosos,
Que quieren competir con las estrellas
Por ilustres, antiguos y famosos;
Miro entre el resplandor que sale dellas
Creer los edificios santuosos,
Y creciendo, salimos al camino
Por recibir al Rey del orbe trino.

»Ya reconozco las paredes santas
De mi patria dichosa, donde ordena
Hacer el cielo maravillas tantas
Para el que gime al son de la cadena.
Animad, Virgen, las divinas plantas,
Alíentelas aquella luz serena,
Dadles las alas que el corazón mueve
Para volar sobre la blanca nieve.

»Aguijad, Virgen, que al lugar llegamos
Del Rey, que soy indigno descendiente,
Aunque confusa la ciudad hallamos
Con el tropel y grita de la gente;
A nuestros nobles dedos aendamos
Para que con cuidado diligente
Acudan al regalo y hospedaje
Debido á esa beldad y á su linaje.»

Esto diciendo, va la niña hermosa
Asida á su Josef entre el ruido
De la confusa turba presurosa,
Que entra á pagar el censo al Rey debido;
Lleva Josef el alma temerosa
No atropelle la Reina á que va asido
El tropel de las bestias que se oia
Entre grita, rumor y vocería.

La noche negra descubrió su frente
De estrellas y de nubes coronada
Sembró su escuridad entre la gente
Chamuscadora escarcha y seca helada;
Cada cual cuidadoso y diligente
Busca el deudo, el amigo, la posada
Adonde pueda estar hasta que el dia
Destierre al verde mar la noche fria.

Llama en casa de un dendo el varon justo,
De la posada incierta confiado,
Imaginando con el gozo y gusto
Que hospedarán á la que trae al lado;
Sale el pariente lleno de disgusto,
Y niega el deudo del linaje amado,
Y conociendo las señales ciertas,
Le da en el rostro con las altas puertas.

En casa de otro menos riguroso
Llama, que es mas cercano en el linaje;
Sale enmartado y mira al noble Esposo,
Y hace que desconoce el pobre traje;
Cierra la puerta, y dícele furioso
Que busque en un portal el hospedaje,
Y pues para los dos un portal basta,
No es bien que ande afrentando la real casta.

El turbado Josef no se alborota,
Antes sufre la injuria con paciencia;
Solo le pesa de la infamia y nota
Que hacen á la purísima inocencia.
La Virgen bella, que conoce y nota
La crueldad que no ablanda su presencia,
Ruega á Josef que deje los parientes
Mas que el tiempo inhumanos é inclementes.

El Santo, que con pena solicita
El regalo debido á la que ama,
A la casa que un grande amigo habita
Fiado en la amistad seguro llama;
Que la amistad mil cosas facilita
Que el deudo dificulta y encarama,
Que el parentesco de la sangre nace,
Y el amistad una alma de dos hace.

Sale el amigo, y hace que se goce
Josef alegre con su amigo estrecho;
El, ceñudo y turbado, desconoce
A la mitad del alma de su pecho;
Que ni le vió jamás ni le conoce
Jura enojado, y dice con despecho
Que á buscar vaya el embaidor mendigo
Quien crea la burla del fingido amigo.

Sufre el baldon Josef, y considera
Como es un necio quien del hombre fia,
Y cuán discreto aquel que en Dios espera,
Pues su esperanza no verá vacia:
Bien sé que soy el mismo que antes era,
Mi rostro es este, aquesta el habla mia,
Mas no debe de ser, que la pobreza
El rostro muda y la naturaleza.

« Hermosa mia, mi pobreza es grande,
Grande el rigor del tiempo embravecido;
Siento que no haya quien su pecho ablande,
Pudiendo el monte mas endurecido;
Temo afligido que por mas que ande
Que no he de ser de nadie conocido;
A los mesones miro y las posadas
De variedad de gentes ocupadas.

»Con todo quiero, ¡oh Reina y Virgen pura!
Los mesones mirar, que ser podria
Hallar algun rincón donde segura
Podais pasar la noche helada y fria;
Que en tan necesitada coyuntura
El capuz de los hombros venderia
Para alquilar un rinconcillo pobre,
Donde vuestro cansancio aliento cobre.»

Llega el justo Josef á una posada,
Y pide al huésped que la gente aloja
Le dé para una niña delicada
Un rincón pobre donde se recoja;
Que á pié ha venido toda la jornada,
Que el hielo y nieve como ve la enoja,
Que está preñada, que cansada viene,
Y que adonde deseasen apenas tiene.

Responde el inhumano mesonero:
«Por Dios, hermano, la demanda es buena,
Cuando mi casa a peso de dinero
De gente noble y rica mirais llena;
Solo se hospeda en ella el caballero
O el que el argen en la escarcela suena,
No el bribon ni el mendigo, que los tales
Allá se albergan en los soportales.»

Con importunidad Josef replica,
Por la necesidad en que se halla,
Y por el Dios que adora le suplica
En un pobre pajar quiera hospedalla;
Que con un poyo puede hacerla rica,
Y con dos piés de suelo consolalla.
Detrás de cualquier puerta, donde quiera,
Antes que helada entre la nieve muera.

Endurécese el rústico villano,
Y pudiera ablandarse un mármol duro
Viendo del bello rostro soberano
El resplandor que vuelve al sol oscuro;
Y dejando al rigor del tiempo vano
A la que excede al serafín mas puro,
Echa de su meson al hielo y nieve,
A los que dentro el alma poner debe.

Y dice: «Vaya fuera el hombre honrado
Con su noble y honrada compañía,
Ladron quizá que viene disfrazado
A llevar lo que pudo ver de día;
Con su dama preñada muy cargada,
Excusas quiere dar de su porfía?
Pues conmigo no hay levas: vaya fuera;
Viva en la nieve ó en la nieve muera.»

«Y cuando, como él quiere, se quedara,
Pareciérale bien que al primer sueño
Con su parto el meson me alborotara,
Despertando del grande hasta el pequeño?
Con muy lindas monedas me pagara,
Que de muy pocas me parece dueño;
Vaya, amigo, á buscar otros mesones;
Convierta en piezas de oro esas razones.»

Escuadras de los cielos soberanas,
¿Cómo aquesto sufris? ¿Esto estáis viendo?
¿Cómo aquellas entrañas inhumanas
En mármol duro no se van volviendo?
¿Qué es de las piedras, de las nubes canas
Los rayos que la tierra está temiendo?
¿Qué es del diluvio, el fuego de Sodoma?
Tráguete el mar, la tierra se le coma.

Calla Josef, y asíéndose á su amada
La nieve pisa que del cielo viene;
Ella en el niño Dios regocijada,
Aunque cansada, humilde se entretiene;
Josef no osa llegar á otra posada,
Que temor de ofender á alguno tiene,
Y de escuchar razones tan sin ella
Con que entristezcan á su esposa bella.

«La noche, dice, oscura y temerosa
A la mitad de su camino llega,
Que á la gente cansada y bulliciosa
Al sueño deseado veo que entrega;
Miroos, divina Reina y niña hermosa,
Con falta de regalo que se os niega,
Miroos cansada, miro cerca el parto,
Con poco abrigo y con trabajo harto.

«Fuera de la ciudad, pegada á un muro,
Me acuerdo de una cueva mal labrada,
Hecha de un pedernal grosero y duro,
Por la naturaleza fabricada;
Lugar, Virgen, y albergue mal seguro
Para el rigor de aquesta noche helada,
Pero de mas piedad y mas abrigo
Que del meson, del deudo y del amigo.

«Vamos allá, Señora, si os parece,
Que quizá esta pobreza Dios escoge,
Pues siendo la riqueza se empobrece,
Y siendo sin medida en vos se encoge;
La nieve cae aprisa, el hielo crece,
La noche la mitad del cielo coge,
La ronda andará presto, y si nos topa
Hará fiscal de nuestra pobre ropa.»

Obedece á Josef la Niña santa,
Y con rostro y agrado peregrino
Sigue á su Esposo, que entre nieve tanta
Apenas ve señales del camino;
Va atentando, con la helada planta
Abriendo senda al Serafín divino,
Pone el pié en tierra firme, y luego avisa
A su adorada que sus huellas pisa.

Miran los cobertizos y portales
Hechos nidos de gente forastera,
Que con gritos y voces desiguales
Defensa buscan á la helada fierra;
Ven ante algunas puertas principales
Que arde gozosa la encendida hoguera
Coronada de ociosa y pobre gente
Que descansa de dar diente con diente.

Salen de la ciudad, ven los mesones
De la gente que hospedan incapaces,
Ven en el campo armados pabellones
Con el color que se demandan paces;
Ven de los carros hechos tendejones,
Formadas chozas de los secos haces,
Ven que arde el heno, que la paja humea,
Que llora el que la enciende y se recrea.

Ven que al rostro rugado de la tierra
Sirve de soliman la blanca escarcha,
Que afeita el valle humilde y alta sierra
Por donde el escuadron del cielo marcha;
Sienten del tiempo la inelmente guerra,
Que los pobres vestidos los escarcha,
Que á ser de plata y oro, el escarchado
Estuviera en los dos bien empleado.

Llegan gozosos donde Dios los lleva
Al teatro divino, alcázar donde
Ha de obrar Dios la novedad mas nueva
Que miró el que en el mar su luz esconde;
Reconoce Josef la antigua cueva
Pegada al muro que á un meson responde,
Y repasando las guardadas señas,
Ve la muralla y socavadas penas.

Un áspero peñasco está pendiente
Encima de unas peñas mal labradas;
Los lados van cubriendo incultamente
Muchas peñas nativas excavadas;
Estancia amiga de la tosca gente,
Que las labores rústicas dejadas,
Esquivaban de Cintio la braveza
Cuando abraza la tierra su fiebreza.

Entra Josef y su capuz se quita
Abrigando con él su amada prenda;
Al pedernal fogoso solicita
Que le dé luz y que la yesca aprenda;
Sale el fuego al acero que le incita,
Prende en la yesca, para que ella encienda
La blanca cera, cuya lumbre amada
La da á la pobre estancia deseada.

Ablanda el pedernal el pecho duro
Cuando los hombres se hacen pedernales,
Y en las entrañas de la peña el muro
Hospeda alegre á las personas reales;
Arde la cera y huye el miedo oscuro;
Halla Josef dos mansos animales,
Que aunque rudos, humildes se arrodillan,
Y dándole su establo se le humillan.

Hácnle como saben mil amores;
Josef viendo las bestias se entenece,
Pues se ablandan haciéndole favores
Cuando el hombre inhumano se endurece;
Vuelve la luz los cándidos colores
A las mejillas donde el amor crece,
Descúbrese la cueva, el noble Esposo
Busca el regalo de su bien hermoso.

Estaba á un lado de la cueva asido
Un antiguo pesebre, sustentado
En un sarzo de sauce carcomido,
De mimbres y de palmas variado;
Llegóse á él, y viole enriquecido
De seca paja y heno regalado,
Y asiendo dello cantidad copiosa
Tierde el estrado á su divina Esposa.

Paja es la alfombra, las almohadas heno,
Los tapices y telas telaranas,
Que al hombre ensenan de piedad ajeno
A ofrecer por su Reina las entrañas;
Es la cama de campo y al sereno,
Sobre una piedra echadas unas cañas;
Son piedras los bufetes y las sillas,
Los huéspedes dos rudas bestecillas.

Coge el Santo las húmidas serojas
Guardadas á los piés de la muralla,
Coge de palma y cedro algunas hojas,
Que á un rincon de la cueva juntas halla;
La cera aplica de las luces rojas,
Las serojas resisten la batalla,
La llama vence y al contrario arruga,
Llega la Virgen y la ropa enjuga.

Saca Josef de la alforjuela pobre
El blanco pan y el oloroso queso;
Hace que aliento su querida cobre
Del cansancio, que ha sido con exceso;
Gózase en ver que no hay quien lo zozobre
Y en ver que come la que le trae preso,
Y con alegres muestras de alegría
Dice á la serenísima María:

«Tener quisiera, Emperatriz sagrada,
Las riquezas del mar, del alba el lloro,
Cama de blandas plumas regalada
Con las cortinas de mayor tesoro;
Quisiera ver la cuadro entapizada
Con tapices de perlas, plata y oro,
De cedro el lecho y de marfil labrado,
Y el suelo con tapetes de brocado.

«Quisiera los alcázares de Nino,
El Capitolio del altiva Roma,
El templo en todo el orbe peregrino
Que labró el que de sabio nombre toma;
Quisiera el resplandor del sol divino
Para abrigar mi cándida paloma,
Y una parte del cielo y sus estrellas
Para vestir aquesas prendas bellas.

«Quisiera abrir el abrasado pecho,
Y pues está del corazón vacío
Que tiene el nuestro de azucenas hecho,
Que en el fuérades vos corazón mio;
El, Virgen bella, aunque lugar estrecho,
Os pudiera guardar del tiempo frío,
Que el casto ardiente fuego en que se abraza
El duro hielo convirtiera en brasa.»

La Virgen agradece al varon justo
Del ánimo divino la grandeza,
Y dice que bien sabe de su gusto
Lo que estima y adora la pobreza;
Y que cuando le diera algún disgusto
De la necesidad el aspereza,
Bastara ver de su Josef amado
El consuelo, la gracia y el agrado.

Y para que descansen de la pena
Del camino, del tiempo y del trabajo,
Le pide que repose tras la cena,
Poniendo su gaban pobre debajo;
Que al cansado cualquiera cama es buena,
Y el sueño de las penas el alajo;
Que duerma un poco que brumado viene,
Si gusto alguno de agradecerla tiene.

El obediente Esposo no replica,
Aunque gozar de ver su luz quisiera,
Y á un lado pobre del portal se aplica
Haciendo de una piedra cabeceira;
Al cielo se encomienda, y le suplica
Mire por su divina compañera,
Y tendiendo los miembros fatigados,
Del sueño se sintieron ocupados.

La Virgen soberana conociendo
Que ya se allega la dichosa hora
En que su integridad enriqueciendo
Al mundo salga el Dios que la enamora;
Las manos de jazmines extendiendo
Alza los ojos donde el amor mora,
Y en extásis divino trasportada,
En Dios gozosa queda arrebatada.

PE-II.

Llegó la hora de consuelo llena,
Llegó el punto que glorias asegura,
Llegó el fin dulce de la amarga pena,
Llegó el principio de mayor ventura;
A la mitad llegó la noche Buena,
Noche mas clara que la luz mas pura,
Noche de gracia que destierra el llanto,
Y noche que al silencio entrega el canto.

CANTO XIV.

Del nacimiento de nuestro Redentor.

Abrió el cielo las puertas de diamantes,
Abrió tambien de estrellas los balcones,
Poniendo en sus alcázares triunfantes
Luminarias del sol, de paz pendones;
Oyense los clarines resonantes,
Vístense los alados escuadrones
De tela blanca, de gloriosa lumbre,
Tejida en la divina impírea cumbre.

Mezclan jacintos en sus alas bellas,
Zafiros, amatistes y esmeraldas,
Y de menudas cándidas estrellas
Hacen ricas coronas y guirnaldas;
Sus hebras de oro coronadas dellas
Ondean gozosas sobre sus espaldas;
Hacen espadas de los rayos puros
Del sol que alumbró los sagrados muros.

Y por las ricas plazas, de cristales,
De rubis y topacios empedradas,
Pasan los escuadrones celestiales
Al son de caja y trompa concertadas;
Llegan ante las puertas inmortales
De margaritas y oro variadas,
Adonde está la gloria incomprendible
Del que ve lo visible y invisible.

Y acobardando las vistosas alas
Ante la luz del rostro sempiterno,
Que esparce glorias en las etéreas salas,
Y las ilustra con su sér eterno,
Hacen alarde de las ricas galas
Que sacan al nacer del Niño tierno,
Que en el pecho del padre alegre mora,
Y entre los brazos de la Virgen llora.

Piden licencia al Padre omnipotente
Para ir á ver envuelto en las mantillas
El que engendra en su pecho eternamente
Y ha de llenar las despojadas sillas;
Movió gozoso la serena frente
Causadora de eternas maravillas,
Y dando nueva gloria su presencia,
Gozan alegres de la real licencia.

En orden marchan, y á las puertas llegan
De la rica ciudad, bella y gloriosa,
Que los cristales de sus fuentes riegan,
Haciendo su belleza mas hermosa;
Las banderas rosadas se despliegan
Batidas á la puerta venturosa,
Tiroos de oro disparan con olores
De amizcles celestiales y de flores.

Llevan en su agradable compañía
La paz, el gozo y la misericordia,
La música, la gracia, la alegría,
El amor, el plaecer y la concordia;
La caridad, señora deste día,
Que en amistad convierte la discordia,
Es capitán del escuadron alado
Con un vestido hermoso nacarado.

El alférez Gabriel con gloria nueva
Va mas que el rojo sol resplandeciente,
Como escogido para traer la nueva
A la escogida de la humana gente;
Un manto rico de luceros lleva
Sobre un alba encarnada del Oriente,
Y un sol de estrellas sobre sus cabellos,
Que ellas vencen al sol y al oro ellos.

45

Va armado de cristal en vez de acero;
Sobre sus hombros la bandera estriba;
En ella va de perlas un cordero
Amarrado á una cruz de verde oliva;
Va puesto mas abajo un prisionero
Gimiendo al son de la cadena esquiva,
Escritas sobre plata estas razones:
«Salga tu sangre y quiebre mis prisiones.»

Rompen gozosas las esferas bellas
Al dulce son del pifano y la caja,
Cogiendo alegre de lo mejor dellas
Los resplandores de mayor ventaja;
Quitán al firmamento las estrellas
Para poner al Niño entre la paja;
Quitán al sol de los hermosos rayos
Con que hace abril y produce mayos.

Amansan de Saturno la influencia,
Su malévol vista y cruel aspecto,
Ablandan de Marte la inclemencia
Bordando de oro la celada y peto;
Toman del blando Jove la elemental,
La fecundia del que es de Atlante nieto,
De Aceidia belleza y hermostura,
De Cintia la belleza y la blancura.

Llegan á los palacios del aurora
En su cama de rosas acostada,
Y viendo la beldad que la enamora,
Con su música alegre y concertada,
Los ricos cofres abre, en que atesora
La librea del campo descada,
Eparciendo gozosa á manos llenas
Lirios, jazmines, rosas y azucenas.

Quita de los cabellos de su frente
Diamantes bellos y de aljófar granos;
Abre de par en par el rico Oriente,
Vertiendo sus tesoros soberanos;
Va el divino escuadron resplandeciente
Con racimos de perlas en las manos,
Bordando el aire, enriqueciendo el suelo
Y serenando con la luz el cielo.

Llaman á la amorosa primavera,
Que estaba en sus jardines ocupada,
Llaman al tiempo de la edad primera,
Porque dé leche y miel la tierra helada;
El apacible Céfito no espera
A que le saquen de su estancia amada,
Antes con el Favonio, su querido,
Se arma contra el Austro embravecido.

Llega marchando el invencible campo
A vista de la cueva donde habita
El que escurece de la nieve el ampo
Y entre la nieve sollozando grita:
Miran la escarcha del cuajado campo
Y la furia de Bóreas que la incita,
Ven de la noche oscura el rostro triste,
Que de miedo y temor el mundo viste.

Y luego con las lanzas de cristales
Ahuyentan las escuadras bellas nieve,
La fuerza de los frios desiguales,
Las nubes negras y la blanca nieve;
Resplandecen los astros celestiales;
El cielo en vez de escarcha gracias llueve,
El aire blando suavidad de olores,
Leche las fuentes y los campos flores.

Traban una fingida escaramuza,
Suena el clarín y la trompeta suena,
La noche al son alegre se espeluzna,
Llena de gozos y de glorias llena;
Una escuadra gallarda alegre cruza,
Otra al contrario su camino ordena,
Una espera en el puesto, y otra entra,
Cuál sigue á cuál y cuál con cuál se encuentra.

Un escuadron, fingiendo que acomete,
Saca del puesto al que es acometido,
Luego tras deste en orden acomete
Otro que está esperando apercibido;
Este al que huyendo va en su puesto mete,
Y vuelve huyendo de otro que ha salido,
Aquel revuelve, y otro sale fuego
Haciendo un concertado alegre juego.

Esparecen por el aire pomos de oro
Llenos del agua de ángeles del cielo,
Disparan fuegos del celeste coro,
Enriqueciendo y alumbrando el suelo;
Cercan la cueva donde está el tesoro
Entre la tierra del humano velo,
Haciendo mil revueltos caracoles
Ante la luz de los divinos soles.

La noche sin el sol pareció día,
Y el sol no pareció de envidia lleno,
De la que con los rayos que él le envía
Goza de los del Sol puesto entre el heno;
La luna llena, llena de alegría,
Mate la luz del resplandor ajeno,
Por entre algunas quiebras de la cueva,
Donde llena de luz es luna nueva.

Las estrellas que gozan del Infante
Quisieran que su globo se parara,
Las que sin verle pasan adelante
Quiéren volver atrás su lumbré clara;
Las que suben del mar por el Levante
Se apresuran á ver la hermosa cara,
Y todas juntas quieren desahirse
Y á los piés de su gloria alegres irse.

Repártense los bellos escuadrones
De la gente inmortal, fuerte y gallarda;
Los que en las astas de oro traen pendones
Puestos en dos hileras, son de guarda;
Los que traen estrellados morriones
Cercan la cueva de la pena parda;
Los que traen en las cintas llaves de oro,
Al Rey asisten del impereo coro.

Los nuncios soberanos parten luego
Sacudiendo las alas de colores
Por la clara region con dulce juego
A dar la buena nueva á los pastores,
Y ante la luz del encubierto fuego
Cantan himnos los ángeles cantores,
Y todos á la Madre y Hijo adoran,
Gózanse en él y della se enamoran.

Tiene la Madre al Hijo entre los brazos
Para abrigarle entre los blancos pechos;
Dale estrechos dulcísimos abrazos
Y mil besos sabrosos mas estrechos;
El Niño eterno haciendo tiernos lazos
De los bracitos de azucenas hechos,
Enlaza el cuello de la madre pura
Aumentando su gracia y hermosura.

Envuélvele en los cándidos pañales,
Los brazos tiernos con el pecho faja,
Besa los piés de rosas y corales
Del Dios que porque el hombre suba baja;
Y al Rey de las riquezas inmortales
En un pesebre pone entre la paja,
Siendo el que con sus plantas de jazmines
Huella glorioso alados serafines.

Salió mas bello que del alba el lloro,
Mas que sobre el vellon la lluvia fria,
Salió mas puro que del fuego el oro,
Salió mas bello que del mar el día;
Dejó sellado el virginal tesoro,
Del gremio de la Reina de alegría;
Fué cual la zarza al fuego, ó cual la peña
Que dando el agua integridad enseña.

Quedó cual vidriera trasparente
Que pasa el claro sol por mitad della,
Y con su bella luz resplandeciente
Deja su claridad mas pura y bella;
Quedó como la puerta del Oriente
Cerrada al Rey, aunque pasó por ella;
Quedó cual la bujeta en que ámbar hubo,
Dando fragancia del olor que tuvo.

Quedó llena de gozo y alegría,
Como suele la vista que concibe
Las semejanzas que el objeto envía,
Que del sin lesion dellas las recibe;
Quedó cual rostro virginal que cria
El sudor que al salir no se percibe;
Quedó cual suele el corazón humano
Que pare su concepto y queda sano.

Puesto entre el heno pobre el Niño tierno,
Sintió el rigor de su primer verdugo,
Pues que se atreve el erizado invierno
A echar á su Hacedor su helado yugo;
Aljófar lora el claro sol eterno,
Que hacer su oriente en un portal le plugo;
Solloza tiritando el Infinito,
Josef despierta al soberano grito.

El cual turbado con la nueva lumbré
La soñolienta vista apríese estriega,
Sacudiendo la grave pesadumbre
Del sueño que apartado mas se llega;
Alzó la vista á ver que luz le alumbré,
Y acobardóse temerosa y ciega,
Y haciendo escudo de su mano santa,
Entre alegre y turbado se levanta.

Mira á su amada mas que el sol hermosa
Vertiendo de sus luces el tesoro,
Mira entre el heno la encarnada rosa
Aljófarada con su rico lloro;
Mira la cueva humilde y venturosa
Entapizada con los rayos de oro,
Mira al pesebre vueltos trono rico
Del Niño á quien el cielo viene chico.

Mira los escuadrones celestiales
Hechos custodia de la alegre cueva;
Escucha de sus voces sin iguales
La música que al mismo cielo eleva,
Y mira que los rudos animales,
Movidos del instinto que los lleva,
Calientan al que tiembla helado al frio,
Vertiendo de los cielos el rocío.

Mira la noche convertida en día,
El seco invierno en blanda primavera,
Hecha cielo la cueva helada y fria,
Y la tierra una Flora jardinera;
Mira á la preciosísima Maria
Como antes de parir pura y entera,
Mira al hombre hecho Dios, mira á Dios hombre
Y hacele que se alegre y que se asombre.

Prostradas por el suelo las rodillas
Al Niño Dios en el pesebre adora,
Adora á Dios fajado en las mantillas,
La luz que da y las lágrimas que lora;
Adora las no vistas maravillas
Del que entre el heno está y el cielo mora,
El pesebre, el establo, paja y heno,
Lleno de luz y de consuelo lleno.

Adora á la santísima doncella,
Madre de Dios y su querida esposa,
Adora al Sol, nacido de una estrella,
Y al mar nacido de una concha hermosa;
La vara con la flor gloriosa y bella,
Adonde el Santo Espiritu reposa,
La escala por quien Dios al suelo vino
A hacer franco á los hombres el camino.

Llega Josef á la sagrada cuna
Encogido, cobarde y temeroso;
El deseo de verle le importuna;
El conocer que es Dios le hace medroso;
La que huella los rayos de la luna
Anima á que se llegue al noble Esposo;
Llega Josef con suma reverencia;
Fáltale el corazón en su presencia.

La Virgen soberana, deseosa
De que goce Josef de gloria tanta,
De entre la rica paja venturosa
Al Niño Dios á que le vea levanta;
Al Santo deslumbró la luz gloriosa
Que sale por la vista sacrosanta;
Vuelve en sí confortado, y su querida
Con el hermoso Niño le convida.

Josef, con un humilde encogimiento
Los brazos alza al bien que se le ofrece;
Siente en su alma tal contentamiento,
Que el casto corazón se le estremece;
Llega á coger el celestial aliento,
Que en los labios de rosa se parece,
Bebe de Dios el ámbar que respira,
El néctar celestial que el cielo admira.

Hizo Josef de sus dichosos brazos
Lazos con que enlazó al infante bello,
Y unido al pecho con estrechos lazos
El divino Agnus Dei se puso al cuello;
El Niño hermoso preso en sus abrazos
Le enlazó el corazón entre el cabello;
El derramado risa le gorgea,
El Niño en su titor la boca emplea.

Alégrase el recién venido infante
Con su padre Josef, que por tal ama;
Josef con rostro al Niño semejante,
Al que es hijo de Dios hijo le llama;
El Niño al rostro de su amado Atlante
El suyo junta, y de su amor le inflama;
Josef en su querido se trasforma;
El Niño es alma que á Josef informa.

Besa Josef la luna de su frente,
Besa los soles que el del cielo adora,
Besa de Arabia el oro refulgente
Las mejillas rosadas de la Aurora;
Besa el puro coral resplandeciente
Donde la ambrosia de los cielos mora,
Los azahares de las blancas manos,
De los piés los jazmines soberanos.

Dale un abrazo y otro mas estrecho,
Un beso y otro llenos de dulzuras;
Quisiera abrir el amoroso pecho
Para meterle en sus entrañas puras;
Vese hecho cielo del que al cielo ha hecho,
Criador del que lo es de las criaturas,
Arbol que al mundo da la fruta nueva,
Pastor que al Corderico en brazos lleva.

Vese ya sacerdote, en cuyas manos
Está del pan del cielo la hostia viva,
Que es nube, en cuyos senos soberanos
El arco hermoso de la paz estriba;
La paloma que trae á los humanos
El ramo fértil de la verde oliva,
Pérrigo firme, venturoso arrimo,
De donde cuelga el virginal racimo.

Vese hecho de los hombres el primero
Que adoró á Dios sujeto á mortal lloro,
Vese hecho soberano caballero
Del precioso collar del tison de oro;
Vese hecho venturoso tesorero
Del que es del Padre su mayor tesoro,
Vese primer comendador de Cristo
Con la encomienda que jamás se ha visto.

Vese hecho alférez real, que hoy enarbola
El estandarte cándido y rosado,
Que ha de pacificar la trina bola
Cuando en la Cruz se viere levantado;
Ve que del Sol, que le parió la Sola,
Es solo el cielo donde está parado,
Vese hecho altar del sumo sacrificio,
Que al Padre eterno volverá propicio.

Vese hecho trono, donde Dios se asienta
Con menos majestad que vió Isaias,
Que humilde y pobre aquí se representa,
Aunque cercado de sus jerarquias;
Ve que es brasero que á su Dios calienta
Del rostro hermoso las mejillas frias;
Ve que es cama en que duerme su adorado,
Que siempre el corazón trae desvelado.

Adora, reverencia, abraza, besa,
Gorgea, requiebra, alegra y enamora
Al Niño pobre que por Dios confiesa,
Y al rico Dios que entre pañales mora;
Gózase la bellísima Princesa
Viendo á Josef que de contento lora,
Y tomando al Infante soberano,
Volvió á las pajas el precioso grano.

Prostra Josef el rostro y las rodillas
Al bello Dios de amor, que enamorado
Hace redes de amor de las mantillas,
Quedando entre la faja aprisionado;
Reconoce las altas maravillas,
Y en éxtasis divino arrebatado,
Lleno de luz de la que el Niño vierte,
Absorto en él, le dice desta suerte:

«Omnipotente Dios, Niño divino,
De la infinita lumbré lumbré pura,
Del Padre eterno espejo cristalino,
Imágen sustancial de su figura,
Verbo hecho carne, Dios que de Dios vino,
Resplandor inmortal de su hermosura,
Gloria de Dios, tesoro de su pecho,
A quien le viene todo el orbe estrecho:
»Alábenle tus ruedas celestiales
Con la divina luz que sale dellas,
Alábenle los coros inmortales
Y el resplandor y luz de las estrellas;
Alábenle los rayos de cristales,
Que esparce el sol entre sus trenzas bellas,
La piedra, el animal, la planta, el hombre,
Alábe, Dios, tu soberano nombre.
»Todo, Señor, tus alabanzas diga,
Todo te magnifique y engrandezca,
Todo te ensalce, todo te bendiga,
Y todo el bien de todos te agradezca;
La tierra al cielo en tu alabanza siga,
El cielo por la tierra te la ofrezca,
Todos te alaben por diversos modos,
Pues engrandee tu niñez á todos.
»Y yo en nombre de todos, gloria mia,
Como el hombre primero que ha gozado
El bello resplandor que el Padre envia,
En la flaqueza humana disfrazado;
De bondad pobre, y rico de alegría,
Gracias te doy por todo lo criado
Que en tu venida humilde se renueva
En nueva gracia y hermosura nueva.
»Gracias te doy; oh Dios recién nacido!
En la necesidad de mi pobreza,
Pues siendo la mayor, la has escogido
Para disfraz de tu mayor grandeza;
Tiene el raposo cueva, el ave nido,
Y falta en que se incline esa cabeza,
Pues es un canto cabequera blanda,
Que herido de tus lágrimas se ablanda.
»Al sereno rondais vuestros amores
Con la cabeza llena de rocío,
Y sufriendo del tiempo los rigores,
Os trata vuestra amada con desvío;
Pues acostada entre las blandas flores,
Os deja tiritando helado al frío,
Y aunque escucha los gritos regalados,
No os abre, por tener los pies lavados.
»Soberano Señor, que andais huido
Por las deudas del hombre y su malicia,
Y estáis entre las pajas escondido,
De miedo que no os prenda la justicia,
Que sabe que fiador habeis salido
Del hurto en que hizo presa la codicia,
Que de vos solo puede ser pagado
Sufriendo la deudera del pecado:
»Si sois el heredero soberano
Del cetro real del pastoreo hermoso,
¿Qué es de la cuna del mástil indiano
Con las manzanas del metal precioso?
¿Qué es de las telas que ama el cortesano
Y las plumas que busca el poderoso?
¿Qué es de la cama de oro, cedro y seda
Que como á rey autorizaros pueda?
»¿Cómo, Señor, no os viste vuestro cielo?
Cómo el sol con sus rayos no os enciende?
Cómo no os cubre de la luna el velo
Y el amor con sus plumas no os defiende?
Y cómo el serafín de mayor vuelo
Sus alas bellas sobre vos no extiende,
Para abrigar aquesa carne santa,
Que humilde alegre y endiosada espanta?
»Cómo, Señor, en estas manos bellas,
Torneadas de oro y llenas de jacintos,
Con los ojos de fe contemplo aquellas
Criadoras de los once laberintos;
Y cómo, Niño, de tres dedos dellas
Están pendientes orbes tan distintos?
Cómo, si son las que las cosas crían,
Están fajadas, tiemblan y se enfrían?

»Cómo en aquestos piés caben aquellos
Que pisan inmortales y gloriosos
De las nubes dorados los cabellos
Y la luz de los astros luminosos?
Y si están estribando los piés bellos
Sobre basas de mármoles preciosos,
Y es su tapete el estrellado cielo,
¿Cómo temblando están agora al hielo?
»Cómo, Señor, está en esta cabeza
La cabeza del mismo Dios cifrada?
Cómo la ciencia de mayor grandeza
En tan pequeño vaso está encerrada?
Cómo, si es de oro fino su riqueza,
En flaqueza mortal está engastada?
Y si el saber de Dios aquí se encierra,
Cómo escoge lo humilde de la tierra?
»Sois vos el que asomado á las murallas
Labradas de los astros mas serenos,
Os jactais de ser Dios de las batallas
Rayos flechando y disparando truenos?
Sois el gigante de las fuertes mallas
Que de temor los hombres tiene llenos?
Sois el leon que el mundo se comia
Y el dios que de venganza se decia?
»¿Cómo leon, si os miro hecho cordero?
Y cómo niño, si gigante fuerte?
¿Cómo tan manso, siendo tan severo?
¿Cómo sois vida si temeis la muerte?
¿Cómo, si libre sois, sois prisionero?
¿Cómo en amor el odio se convierte?
¿Cómo, si vengador, estáis perdonando,
Pidiendo paz, ¿los hombres perdonando?
»¿Cómo el arco de guerra que asombraba
Es arco del amor con que amor prende?
Y la espada que al hombre amenazaba
¿Cómo es agora la que le defiende?
¿Cómo los rayos de la furia brava
Lo son de luz con que el amor enciende?
¿Cómo el rigor, la fuerza y los enojos
Paran en hacer fuentes vuestros ojos?
»Espíritus divinos, que guardando
Estáis aquesta cueva, donde llora
El que en el trono regio está gozando
La luz del pecho en que glorioso mora;
Vosotros, que, en gloria celebrando,
Su resplandor eterno os enamora,
Si alcanzais los misterios sacrosantos,
Decidme el cómo de misterios tantos.
»Y vos, Virgen hermosa y Madre amada,
Que esta dichosa noche habeis parido,
Vuestra divina integridad sellada,
Al que es entre millares escogido;
Vos, Madre y Virgen bienaventurada,
Madre del que dos veces ha nacido,
Una sin madre del Eterno padre,
Y esta sin padre de su Virgen madre:
»Recebid la dichosa enhorabuena,
Que tan buena os ha sido y tan dichosa,
Y advertid, Virgen de mil gracias llena,
Que es mia esta prenda, siendo de mi Esposa;
Pues si nace en mi huerto una azucena
O en mi heredad alguna planta hermosa,
Aunque la plante otro, se hace mia,
Por serlo la heredad que el árbol cria.
»Así que, Madre y Virgen, cosa es llana,
Aunque de Dios el Hijo concebistes,
Que por ser vos mi Esposa soberana,
Viene á ser mio el hijo que paristes;
Si para aparecer en forma humana
Vuestra sangre purísima le distes,
Y vos sois mia, mio es vuestro hijo,
Y el que es del Padre eterno regocijo:
»Y pues es mio, permitid, Señora,
Que con mi Dios al viejo Adán convide,
Que há cinco edades que ahorrado llora,
Y que á los cielos sin cesar le pide;
Permitid, pues sus lágrimas mejora
Con las que por su hermosa faz despide,
Que le llame que al pobre portal venga
Para que su esperanza alivio tenga.

»Adán, que gimes la fatal caída
Del estado dichoso en que te viste,
Y siendo imágen del que te dio vida,
Semejante á las bestias te volviste,
Llega al pesebre, busca la comida,
Come de Dios, si serlo pretendiste,
Come, que el que le come es Dios por gracia,
Y será venturosa tu desgracia.
»Dichosa culpa, venturoso yerro,
Pues mereció las perlas destos ojos,
Que ablandan la prision del duro hierro
Y hacen rosas y flores tus abrojos;
Dios ha venido á alzarte tu destierro,
A aplacar con su padre tus enojos,
Y á quitarte la espada de la puerta
Cuando la de su pecho muestre abierta.
»Si á Dios en el jardín viste enojado
Pasearse al fresco, demediado el día,
A donde tu proceso sustentado
Al campo estéril y al sudor te envia,
Ven al pesebre, llégate á su lado,
Que no es Dios de venganzas cual solia:
Fajado gime, sollozando nace,
Y tu abogado y tu fiador se hace.
»Trae el proceso donde está el delito,
Ponle á los ojos del que el cielo adora,
Que el horrarlo lo que hay contra ti escrito
Con las preciosas lágrimas que llora;
Entregale en las manos del Chiquito,
Pues en manos de un niño ¿quién ignora
Que romperá las hojas del proceso,
Quedando libre del pasado exceso?
»Ven, que no está como le vió Isaias
En el excelso trono levantado,
No cercado del fuego que temias
Cuando del paraíso fuiste echado;
Temblando gime entre las pajas frías
Hecho trono el pesebre mal labrado,
Cercado de dos mausas bestezuelas,
Que le calientan cuando tú le hielas.
»No está en la nube de la real carroza
Que tiran los alados animales,
Do cada cual el rostro vario goza,
Arrastrando las ruedas de cristales;
Humilde nace en una pobre choza,
Vertiendo de sus Indias orientales
El precio, que ha de ser copiosa paga
Con que por tí á su Padre satisfaga.
»No está armado de nubes y saetas,
No está jugando la desnuda espada;
Las manos trae atadas y sujetas,
Y el alma tierna de piedad armada;
El pecho te abrirá donde te metas,
Haciendo al tierno corazón entrada.
Llega, ¿qué aguardas? que el amor te espera,
Que quiere, porque vivas, que Dios muera.
»Vosotros, Padres santos, que esperastes
La noche buena tras las muchas tristes,
Ved de los cielos duros que ablandastes
El eterno rocío que pedistes;
Ved al justo que tanto descastes,
Pues las nubes del cielo eternecistes,
Ved al que es de las gentes la esperanza
Premiando vuestra justa confianza.
»Ya rompiendo sus cielos ha bajado,
Ya la vara de Aaron ha florecido,
La raíz de Jesé nos ha brotado
Al capitan del pueblo prometido;
Ya al Salvador la tierra nos ha dado,
El que habia de enviar Dios es ya venido;
Ya vino de la piedra del desierto
El cordero de Dios para ser muerto.
»Llegue á la mesarica el que está hambriento,
Coma del pan que al mismo Dios mantiene,
Llegue á las dulces aguas el sediento
Que al mar de amor en un arroyo tiene,
Llegue el desahuciado macilento
Al médico que á darle salud viene,
Llegue el ciego á la luz que le da al día,
Y al fuego del amor el alma fría.

»Llegue el perdido al que es camino cierto,
Llegue el errado á la verdad divina,
Llegue a la vida siempre eterna el muerto,
Y llegue el pobre á la preciosa mina;
El que pasa tormenta llegue al puerto,
El enfermo á la cierta medicina,
Llegue el cansado al que es descanso eterno,
Y el que á Dios teme llegue á un Niño tierno.
»El rico llegue que riquezas quiere,
Verá entre pajas la mayor riqueza,
Y el que hermosura y gracia pretendiere
Llegue y verá la gracia y la belleza;
El avariento llegue si quisiere,
Que ciento da por uno su largueza;
Llegue el desnudo, que aunque tiembla al hielo,
Le cortará un vestido de su cielo.
»Todos llegad al venturoso nido,
Adonde el Fénix del amor renace;
Llegad al pecho del amor herido,
Que romperá por el que mal le hace;
Llegad al Sol hermoso que ha nacido
De la luna que al cielo satisface;
Mirad entre la roja y blanca nube
El resplandor que á darle al Padre sube.
»Llegad á ver el rostro al que decia:
«Hombre no me verá que vivir pueda,
Pues Moisés, que le quiso ver un día,
Sus espaldas mirando alegre queda;
Ya el rostro ofrece entre la helada fría
El que la gloria de su Padre hereda,
Ya con él ruega al hombre y paz le ofrece,
Ya con fuentes de aljófár le humedece.»
Lo que dijo la Reina soberana
Viendo á Dios reducido á breve suma,
No mereció contarle lengua humana
Ni escribirlo tan mal cortada pluma;
Pluma del cielo y lengua sobrehumana
Quedaré corta cuando tal presume;
Quedaré el serafín mas puro corto
Como en la gloria de su parto absorto.
Como á Verbo del Padre sempiterno
Con lágrimas hermosas le adoraba,
Y como á niño humano y hijo tierno
La sangre pura de sus pechos daba;
Consideraba niño al que es eterno,
Y niño le envolvia y le abrazaba;
Los piés besa del Dios que oculto mira,
Y del niño el aliento que respira.
Goza Josef de ver su prenda hermosa
Cómo al recién nacido Dios envuelve,
Y dentro de su alma venturosa
El bien que mira con piedad revuelve;
La madre Virgen y divina esposa
Al lecho pobre su querido vuelve;
Queda suspenso el venturoso Santo,
Dando fin dulce á questo tierno canto.

CANTO XV.

De la venida de los pastores.

Está pastoreando hácia el desierto
Con la piel tosea y la grossera abarca
El que á la playa del egipcio puerto
Llegó de mimbres en la estrecha barca;
Y del pobre sayal que va cubierto
Le saca de los orbes el monarca
Para caudillo de su pueblo amado
Y para amigo suyo el mas privado.
Cansado rompe con la reja dura
Del corvo arado el joven Eliseo
La tierra franca, que en colmada usura
Acude al labrador que hizo el empleo,
Y descuidado de su gran ventura
La alcanza á la medida del deseo,
Pues que de la agujada que tenia
Le saca á la infalible profecía.